
El español de España y de América

De los quince cuentos incluidos en *El llano en llamas*, el título «Nos han dado la tierra» parece ser el más antiguo de la colección ya que fue publicado en 1945, es decir, ocho años antes de que apareciera el volumen en que se recopila.

«Nos han dado la tierra» se encuadra por derecho propio en los relatos regionalistas que después de la Revolución se preguntan, de modo crítico, qué es lo que ha hecho la Revolución por el campesinado mejicano y que, por tanto, se sustentan en una problemática muy real de la historia del Méjico contemporáneo.

El presidente Lázaro Cárdenas, que gobierna de 1934 a 1940, intenta llevar a cabo la Reforma agraria; inspirada en esta reforma nace una narrativa del reparto de la tierra de la que es parte el relato de Rulfo que vamos a comentar.

Al principio del cuento los lectores nos despistamos. Atrapados por un caminar que no acaba nos preguntamos por el «qué sucederá», pregunta que sería lógica si se tratara de un relato puramente regionalista, pero en Rulfo las cosas —su narrativa— caminan siempre por originales e inesperados senderos.

El argumento es aquí, como en los demás cuentos que componen *El llano en llamas*, sólo punto de partida hacia objetivos más trascendentales.

Los campesinos protagonistas de «Nos han dado la tierra» —como casi todos los de Rulfo— son pretextos para una honda situación humana y es por esto por lo que, pese al tono regionalista, la narración rulfiana es fácilmente universalizable.

El espacio en que se mueven las criaturas rulfianas es siempre esencia de su cálido y seco Jalisco natal y el paisaje es más situación que marco decorativo, es realidad exterior que agobia al hombre, es, sobre todo, un «donde» en el que los personajes se mueven, lo que causa la parquedad descriptiva que nos encontramos en el cuento ¹.

En «Nos han dado la tierra» como en «Talpa», con quien hay indudables analogías, el espacio sirve para plasmar una situación esencialmente humana, y es por ello por lo que el llano no se *describe* sino que se *define*.

En la obra de Juan Rulfo el paisaje-edén está siempre situado en un allá distante como si sólo existiera como un sueño o un ansia de los protagonistas; por ello el cuento comienza con el ladrar, todavía lejano, de los perros que es la primera invasión de la esperanza en la existencia de un pueblo en cercanía que simboliza la vida en total antítesis con el llano-muerte:

«Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros» ².

¹ Vid. mi obra *Expresión y sentido de Juan Rulfo*. Ed. José Porrúa Turanzas, S. A. Madrid, 1984.

² JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», en *El llano en llamas*, pág. 15, 9.ª edic. México, 1969. Todas las citas de *El llano en llamas* se refieren a esta edición.

Si analizamos este pasaje con el que se abre el relato veremos que en él hay un progresivo desgaste de la realidad vegetal que condensadamente se hace símbolo de lo vital, y ese desgaste desemboca en carencia absoluta.

De la primera realidad que es la evanescente realidad de una sombra y que está sugiriendo la abrumadora realidad de un implacable sol, pasamos —en la degradación del mundo— a la semilla, más potencia que realidad, y esta semilla desemboca en la nada por medio de esa raíz que es el elemento ubicado en lo no perceptible, escondido bajo la tierra.

Rulfo, con fino don poético —esperamos una raíz de árbol—, rompe la seriación y con giro sorpresivo nos hace desembocar en la negación absoluta de la realidad paisajística pues el determinante de la raíz es ya la nada, que obsesivamente se enfatiza en su negación por un *ni* insistentemente repetido, como se enfatiza la realidad deseada del mundo vegetal que implica el árbol y que va a desaparecer degradado a la nada. Este procedimiento de degradación nos trae, de inmediato, el recuerdo del soneto de Góngora o el de sor Juana Inés: «Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.»

El paisaje de «Nos han dado la tierra» no es, en realidad, sino espacio que está en íntima conexión con la situación de los personajes. La carencia total del cosmos vegetal en el llano traduce la imposibilidad de la existencia en el mismo, lo que da lugar a una constante y monocorde obsesión de los campesinos que estilísticamente se traduce por la machacona insistencia en el «no hay» o en el «no sirve».

La trayectoria narrativa del cuento es lineal y sólo se corta por el recuerdo del despojo de las carabinas y caballos y por la conversación con el delegado del gobierno cuando éste les comunica la donación del llano. Es éste diálogo con el representante del poder verdadero alegato político y a la vez explicación del peregrinar por la llanura de los cuatro personajes. El diálogo —en estilo indirecto— es la parte más tradicional del cuento y, sin lugar a dudas, la más floja.

Con técnica muy personal Rulfo salta del *yo* individual, al *uno* que está en terrenos intermedios entre lo coloquial y lo impersonal hasta meterse de lleno en un *nosotros* sociativo que está en función del carácter colectivo de los protagonistas. No estamos ante la historia concreta y determinada de unos no menos concretos aldeanos sino ante la historia del campesinado mejicano cuando el gobierno repartió las tierras; por cuya causa Rulfo recurre a matizar un sujeto en el que lo individual y lo colectivo están destruyendo sus fronteras porque si bien los protagonistas son cuatro campesinos con nombres concretos la anécdota amplía sus horizontes y acabada la lectura el lector los universaliza y extiende la significación del relato a la totalidad del campesinado mejicano para, por último, llegar a hacerlos símbolos totales del hombre.

La inseguridad vital con que Rulfo envuelve la existencia de los personajes se extiende al lector, se nos inestabiliza por procedimientos antitéticos:

«Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después; que no se podría encontrar nada al otro lado; al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. Pero sí hay algo. Hay un pueblo. Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza.

Pero el pueblo está todavía muy allá. Es el viento el que lo acerca»³.

El pasaje no puede ser más ambiguo. el lector se equivoca al pensar que los caminantes están buscando un pueblo. Rulfo prepara la ambigüedad por ese «creer a veces» que nos mete de lleno en la situación dubitativa. Creer ya de por sí nos da plena seguridad, pero aún se hace más deslizante al reforzarse con el «a veces» y por esta situación dubitativa de antítesis: «nada habría»/«hay algo», «no»/«sí». El «pero» está destruyendo toda la situación de vacío expresada por el no haber pero tampoco esta vez se nos aclara del todo el sentido porque el «hay» introducido por el «pero» se concreta de modo indefinido por «algo». Sólo a continuación pasa a concretarse por procedimientos de gradación habitual y características del arte de Juan Rulfo. El «como si fuera una esperanza» nos echa de lleno en lo sugestivo y nos equivoca, no porque no sea, que lo es, una esperanza, sino al hacernos pensar que ese caminar entre la sed y el calor tiene como meta encontrar el pueblo.

El lector ante la ambigüedad, piensa en el cuándo llegarán, en el qué pasará, lo que en realidad sería tema de un escritor tradicional, pero nunca de Rulfo, porque el cuento acaba precisamente cuando están llegando al pueblo, con un final que nos equivocará, si no abrimos bien los ojos.

Abundan en el relato elementos inestabilizadores de la realidad. Rulfo ha creado las situaciones deliberadamente ambiguas aunque inmediatamente nos la aclare. Por este procedimiento además de sorprendernos se nos hace lenta la marcha del cuento:

«Hemos venido caminando desde el amanecer. Ahora son algo así como las cuatro de la tarde. Alguien se asoma al cielo, estira los ojos hacia donde está colgado el sol y dice:

—Son las cuatro de la tarde.

Ese alguien es Melitón. Junto a él, vamos Faustino, Esteban y yo. Somos cuatro»⁴.

La ambigüedad empieza con la misma hora que no se nos da con un valor aproximativo y que se repite con técnica muy de Rulfo. La aproximación de la hora tiene su verdadera funcionalidad significativa en sugerirnos un mundo campesino por la falta de reloj y por el hecho de encontrar la hora tan aproximada mirando el sol. Rulfo reitera la ambigüedad en ese «alguien» indefinido al que pronto se define como Melitón y esta ambigüedad va dirigida exclusivamente al lector, pues el campesino-narrador sabe muy bien quién es su compañero. Rulfo deliberadamente nos inestabiliza.

Al principio del cuento creemos que hay un solo caminante. El «uno ha creído a veces» nos equivoca. Poco a poco sabemos que son cuatro los viajeros y el número se reitera de modo muy característico en Rulfo para crear un clima de obsesión en los personajes.

Juan Rulfo es escritor que gusta de esencialidades, por ello el inexacto «veintitan-tos», pues realmente eran veinticinco el número de hombres preciso para tener derecho a solicitar las tierras. La historia va a servirle de pie, de fundamento, para ubicarse en la realidad de su país pero Rulfo al esenciarla se aparta de la crónica para enraizarse en la ficción.

³ JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 15.

⁴ JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 15.

La inseguridad no sólo invade al lector, también los personajes se mueven en realidades tambaleantes.

«Puede que llueva.»

Todos levantamos la cara y miramos una nube negra y pesada que pasa por encima de nuestras cabezas y pensamos: «Puede que sí»⁵.

Poder no es verbo que exprese seguridad y si el optimismo se afirma en el «sí» que apuntala al puede la realidad nos convencerá de lo contrario. La falta de lluvia es el origen de la falta de vida en el llano y cuando cae una gota con la que se nos alienta la esperanza al lector y a los campesinos «cae sola» y «por equivocación».

Esa inseguridad significativa se reitera a lo largo del relato, por ello cuando Esteban saca la gallina que lleva oculta la realidad se nos presenta como inasible, como escurridiza, por ello el narrador nos informa:

«Y debajo del gabán saca la cabeza algo así como una gallina.

Sí, es una gallina colorada la que lleva Esteban debajo del gabán»⁶.

Si nos fijamos bien en la cita hay la misma información postergada, el mismo caminar lento del relato conseguido por las frecuentes y numerosas repeticiones y la misma inseguridad ante la realidad que tanto el lector como los personajes viven. Recordemos que idénticos procedimientos ha empleado Rulfo para informarnos de la hora al iniciarse el cuento y si entonces el alguien se concretaba líneas siguientes en Melitón, ahora el «algo así» se reafirma seguidamente como una gallina.

Por la repetición el relato se hace lento. Los personajes caminan como si se desangraran y el tiempo se arrastra como el caminar de los campesinos. Nos movemos en una narración de ritmos entrecortados y nos agobia la falta de dinamismo.

El elemento más empleado por Rulfo para que la narración avance a pujos es la repetición tan obsesiva que lleva a definir el llano de nueve modos diferentes:

1. «Este camino sin orillas.»
2. «Esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos.»
3. «El llano no es cosa que sirva.»
4. «Tanta y tamaña tierra para nada.»
5. «Costra de tepetate.»
6. «Este duro pellejo de vaca que se llama el llano.»
7. «Esa como cantera que es la tierra del llano.»
8. «Comal acalorado.»
9. «Este blanco terregal endurecido.»

Notemos la repetición frecuente de los demostrativos que son como claves que fijan la obsesiva reflexión del caminante y por la que se pone de relieve la sequedad, la aridez e inutilidad de esa tierra y, en definitiva, la incongruencia de una donación que pretende ser remedio social para la pobreza del campesinado y es total inutilidad, porque en el llano lo que no hay es precisamente tierra en el sentido que para un campesino tiene el vocablo, por ello el narrador se asombra cuando Melitón llama tierra a lo que les han dado.

⁵ JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», págs. 15-16.

⁶ JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 19.